



Los historiadores y la Historia de España

Gonzalo Pasamar, *Apologia and Criticism. Historians and the History of Spain, 1500-2000*, Berna, Peter Lang, 2011, pp. 294, ISBN 978-3-03911-920-2

La perseverante labor de estudiar la historia de la historiografía española ha permitido a Gonzalo Pasamar componer este imprescindible libro sobre la esforzada empresa de escribir una *Historia de España* desde el siglo XVI hasta nuestros propios días. Como resultado de su génesis (una serie de conferencias impartidas en los Estados Unidos), la obra se divide de forma natural en cuatro grandes capítulos: la redacción de una historia nacional desde el texto fundacional del padre Juan de Mariana hasta el nuevo hito levantado varios siglos más tarde por la pluma de Modesto Lafuente, la aparición de las primeras generaciones de profesionales de la disciplina con la figura señera de Rafael Altamira dominando un escenario ya más poblado y diferenciado, la dualidad entre la historia como propaganda de la dictadura franquista y la reacción (más tímida en el interior y más decidida en el exilio) a favor de una historia libre del corsé represivo impuesto por el régimen surgido de la victoria fascista y, finalmente, la normalización producida a partir de la segunda mitad del siglo XX, gracias a la acción combinada del trabajo de algunos historiadores desmarcados de la historia oficial (a cuya cabeza figura justamente Jaume Vicens Vives) y de la labor de los hispanistas que introducen el nuevo paradigma triunfante en Europa y cuyo más cualificado representante es posiblemente el francés Pierre Vilar.

Tras las páginas introductorias, el capítulo inicial, rotundo y matizado a la vez, empieza con esa piedra miliar que es la *Historia General de España* del jesuita Juan de Mariana, publicada en latín en 1592 y en castellano en 1601. Primer texto con afán totalizador, es al mismo tiempo una historia civil y eclesiástica, que combina los hechos de los reyes con aquellos protagonizados por la Iglesia, hasta llegar al año 1516, es decir al fin del reinado de los reyes católicos, considerado como la culminación del devenir de la nación. Porque se trata de seguir una identidad nacional presente a través de los distintos periodos, a partir de lo que José Álvarez Junco llamó un «patriotismo étnico» (con un sesgo castellano), que proviene de una matriz donde se insertan las poblaciones prerromanas, los romanos, los godos y los cristianos que fueron sus sucesores después de la invasión de los musulmanes, que quedan así excluidos de ese linaje genuinamente español. Fue tanto el esfuerzo para levantar una tan sólida construcción que el padre Mariana no encontraría emuladores en los tiempos modernos y además conocería una popularidad excepcional, como libro básico para conocer el pasado hispano a lo largo de los siglos XVII, XVIII y parte del XIX a través de sucesivas y numerosas reimpressiones.

De ahí que los siglos siguientes se movieran en el surco trazado por el padre Mariana (pese a la discusión suscitada por algunas de sus ideas políticas, consideradas peligrosas para la estabilidad política, como la célebre teoría de la justificación del tiranicidio), sin tratar de abordar una empresa semejante. El siglo XVIII, no obstante, produciría algunas páginas significativas de crítica histórica, entre las que el Autor destaca, justamente, en primer lugar las escritas por Gregorio Mayans, editor (en 1742) de la famosa *Censura de historias fabulosas* del erudito seiscientista Nicolás Antonio, así como insobornable contradictor del agustino Enrique Flórez y de las numerosas entradas puramente legendarias de su *España Sagrada*, un texto que aceptaba como verdaderos muchos episodios imaginarios so capa de la falaz autoridad de la tradición. Otro espacio se reserva a la potenciación de la historia de América, unida a la persona de Juan Bautista Muñoz, director del Archivo de Indias creado de nueva planta por Carlos III y que escribiría (en 1793) sólo el primer tomo de su ambiciosamente proyectada *Historia del Nuevo Mundo*. A renglón seguido se concede la importancia debida a la *Historia crítica de España y de la cultura española*, obra también titánica del jesuita expulso Juan Francisco Masdeu, que conoció ediciones italianas e hispanas entre 1781 y 1805, y a la que cabe insertar en el contexto de la reivindicación de las aportaciones culturales españolas negadas por diversos autores europeos. Finalmente, el Autor pone de relieve las contribuciones de los reinos periféricos, y en especial la del ilustrado catalán Antonio de Capmany, con su obra maestra, pionera de lo que sería la historia económica, sus famosas *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona* (1779-1792), escritas por encargo de la Junta de Comercio en un momento en que se trataba de encontrar las raíces del evidente despegue económico del principado.

Sin embargo, el padre Mariana seguía estando presente en todas las bibliotecas sobrepasando a todos los demás autores, pese los doscientos años transcurridos desde su redacción. Sólo un cambio profundo de la sociedad podía producir una obra que desplazase la del escritor jesuita del panorama intelectual español. Este cambio, como bien ha expresado Juan Sisinio Pérez-Garzón, se produjo con la liquidación del Antiguo Régimen y el final de la primera guerra carlista, dos hechos estrechamente vinculados que permitieron (o acaso exigieron) la aparición de una nueva historia que sirviese a la construcción de un estado centralizado y basado en el reconocimiento de los derechos y libertades de los ciudadanos. El intelectual que llevó a cabo la empresa fue Modesto Lafuente, cuya *Historia General de España* (concebida en 30 tomos y publicada entre 1850 y 1867) debía acabar con la ambigüedad de una historia a la vez civil y eclesiástica y que concluía además a principios del siglo XVI cuando ya se había entrado en la segunda mitad del siglo XIX. Con Modesto Lafuente aparece una historia liberal, que además, salvo por algunas concesiones a la tradición (la aceptación de la leyenda de la llegada a España del apóstol Santiago y sus posteriores derivaciones igualmente ficticias), trataba de justificar documentalmente sus hechos y de dar coherencia y sentido al relato. La historia de España partía de los primeros pobladores y seguía con Roma, el cristianismo, los visigodos, los musulmanes y los judíos, que también formaban parte de la nación, aquí influido el Autor por los estudios de los también liberales Pascual Gayangos y José Amador de los Ríos. Los reyes católicos seguían siendo una cima, después de la cual se sucedían las crisis, como fue-

ron las Comunidades, las dificultades de finales del reinado de Felipe II y la “decadencia”. El siglo XVIII era la centuria de la unidad y de la recuperación, antes de que se produjera la guerra de la Independencia y el primer ensayo constitucionalista, que se miraba desde la posición de un liberal muy moderado, como era Modesto Lafuente, cuya obra llegaría incólume hasta finales de siglo, cuando la disciplina exige un mayor grado de profesionalización (como ocurriría en otros países, en Francia tras Guizot y Michelet o en Inglaterra tras Macaulay) y el país entra en otro escenario de su historia, el de la crisis del '98 y el regeneracionismo.

El camino hacia la constitución de una disciplina profesionalizada y hacia la elaboración de una nueva lectura de la evolución histórica de España cimentada en un mayor volumen de estudios documentados y rigurosos no fue ni fácil ni lineal. Todavía durante el primer tercio del siglo persistirían los ensayos interpretativos sobre España escritos por intelectuales procedentes de otros campos. Este fue el caso de Julián Juderías, el funcionario que inventó en 1914 la “leyenda negra” (es decir la tesis de una deliberada tergiversación de la historia de España por parte de los enemigos de la monarquía de los Austrias que todavía se cernía pesadamente sobre la imagen de la nación en el extranjero), dando así lugar a una larga controversia que todavía hoy no se ha agotado en la historiografía hispana. Y fue también el caso del filósofo José Ortega y Gasset, que con su *España invertebrada* puso en circulación una «reflexión pesimista y elitista sobre el problema de la decadencia española», apoyada en la idea de la falta de una minoría dirigente y de un siglo ilustrado educador, teorías ambas que no se sostienen en ninguna de sus partes tras un estudio riguroso y documentado de los hechos, que sería la obra de los historiadores profesionales avezados en la consulta de los archivos y las bibliotecas.

Precisamente el Autor dedica unas interesantes páginas a glosar la asunción por parte de la Real Academia de la Historia del papel de administradora del patrimonio histórico y de la imagen de España, al tiempo que servía de puente para una profesionalización del historiador que ya se produciría fuera de sus muros, en otras instituciones. Este fenómeno, en efecto, se halla vinculado, por un lado, a la reforma de los planes de estudios universitarios, especialmente en la creación de la sección de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central en 1900 (que sólo más tardíamente hallaría eco en la creación de la Universidad Autónoma de Barcelona), y, por otro, a la difusión de la filosofía krausista, la aparición de la Institución Libre de Enseñanza y la creación de la Junta para Ampliación de Estudios en 1907, seguida el mismo año por la fundación del Institut d'Estudis Catalans, cuyos promotores se inspiraron en el modelo madrileño y en la parisina École des Hautes Études. La Junta para Ampliación de Estudios sería, además del más importante centro de investigación hasta 1936, también el instrumento para la apertura de la ciencia española a otros horizontes, no sólo al poner a sus jóvenes investigadores en contacto con la producción de otras latitudes, sino también al promover encuentros internacionales de envergadura, como fueron la *Semana de Historia del Derecho Español* (celebrada entre Madrid y Salamanca en 1932) y el *XXVI Congreso Internacional de Americanistas*, que en 1935 abriría sus sesiones en Sevilla bajo la presidencia de Gregorio Marañón.

La reforma universitaria permitió la formación de profesionales bien preparados, que luego a su vez se convertirían en profesores de las propias universidades donde había cursado sus estudios. Caso paradigmático fue el de Rafael Altamira,

profesor de las universidades de Oviedo y Madrid (donde impartiría la asignatura de *Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América* entre los años 1914 y 1936), pero sobre todo impulsor de la modernización de la disciplina y la figura más sobresaliente de la historiografía española en el periodo inmediatamente anterior a la Guerra civil, gracias especialmente a sus reflexiones sobre las funciones de la historia, a su convicción en la necesidad de popularizar y difundir el conocimiento del pasado y a sus valiosas relaciones exteriores con activos centros de investigación y prestigiosas personalidades de su campo de trabajo. Su producción escrita constituye un perfecto trasunto de sus preocupaciones: *La enseñanza de la historia* (1895) pregona su interés por la pedagogía, mientras *Cuestiones modernas de historia* (1904) se hace eco de sus planteamientos epistemológicos, del mismo modo que su *Historia de España y de la civilización española* (1900-1911, 4 volúmenes) se convierte en su obra maestra y en el relevo de Modesto Lafuente como éste lo fue del padre Mariana, antes de cerrar el capítulo de sus aportaciones esenciales con un *Manual de Historia de España* (1934) que pudiera servir de texto para la enseñanza y la divulgación bien fundamentadas del pasado hispano.

Si el magisterio de Rafael Altamira puede comprobarse a través de las numerosas reediciones de sus obras incluso en nuestros propios días, también su salida del país para formar parte de la España peregrina del exilio republicano es paradigmática del destino de toda una generación de intelectuales que estuvieron empeñados en la modernización de su patria. Todo este generoso esfuerzo fue barrido por la dictadura franquista, que impuso inquisitorialmente una visión unilateral del pasado nacional que sirviera de justificación al régimen. A partir de ahora se inicia una nueva etapa en que la historia se divide entre la propaganda difundida por los vencedores, la continuación en difíciles condiciones de la tradición liberal en el interior del país y la aportación de los exiliados enriquecida por el trabajo en libertad y por el contacto con las corrientes más progresivas prevalecientes en los escenarios del exilio.

De la historia como propaganda para el combate ideológico el Autor prefiere hablar poco, refiriéndose brevemente a los infames panfletos para uso escolar escritos por José María Pemán o Mercedes Gaibrois y, más extensamente, a algunos de los ensayos que sirvieron de base para aquel rearme indisolublemente ultranacionalista y ultracatólico, como *Genio de España* de Ernesto Jiménez Caballero (1932) o *Defensa de la Hispanidad* de Ramiro de Maeztu (1934), preservativos del régimen contra la amenaza de los enemigos de la “verdadera España”.

En el interior, la resistencia se llevaba silenciosamente en los archivos y en las bibliotecas, ya fuera por obra de algunos intelectuales de tradición liberal, como Ramón Menéndez Pidal o Melchor Fernández Almagro, ya por la labor de una serie de profesionales de talante conciliador formados en la filosofía de Ortega que se dedicaron al ensayo y a la investigación, como pudieron ser Pedro Laín Entralgo, Luis Díez del Corral, José Antonio Maravall o Luis Sánchez Agesta. En el exilio, predominó el género ensayístico, que se plasmó quizás de la manera más elocuente en la larga polémica sobre el devenir histórico de España protagonizada por Américo Castro (*España en su Historia*, más tarde reescrito y retitulado *La realidad histórica de España*) y por Claudio Sánchez-Albornoz (*España, un enigma histórico*), una controversia llamada a convertirse en clásica y que alcanzaría su

cenit en los años Cincuenta y Sesenta y se prolongaría varias décadas más, pese a la descalificación final que pronunciara Jaume Vicens Vives, para quien España ni era un enigma histórico ni era un «vivir desviviéndose» como querían los venerables contendientes. En este momento, sin embargo, la historiografía española estaba entrando en el periodo de su modernización, de su consolidación como ciencia social.

El último capítulo se consagra a la historiografía española de los últimos años del franquismo, de la Transición y de la democracia, en una secuencia en que se produce el arrumbamiento de la propaganda sectaria del régimen, el fructífero contacto con la historia europea que ya ha hecho su revolución epistemológica y el esfuerzo para normalizar la literatura historiográfica y la profesión de historiador culminado con éxito hace ya al menos dos décadas a juicio del Autor. Gran parte de estos progresos se producen precisamente de la mano de Jaume Vicens Vives, que en un breve espacio de tiempo (el que media entre su regreso a la universidad de Barcelona en 1948, tras haber sido represaliado por la dictadura, y su prematura muerte en 1960) consigue fundar su propia revista (“Estudios de Historia Moderna”) y un órgano de información y crítica historiográfica (*Índice Histórico Español*), sacar adelante el proyecto colectivo de la *Historia social y económica de España y América* (1957-1959, 5 volúmenes) y publicar una copiosa obra propia, además de vincularse a lo más avanzado de la historiografía europea, a través de su asistencia a los Congresos de Ciencias Históricas y de importar a España los presupuestos de la escuela de los “Annales”. Continuada su labor por sus discípulos (Emili Giralt, Jordi Nadal, Joan Reglá y Joan Mercader), su contribución a la modernización de la historia española fue quizás la más decisiva del periodo.

El resto del análisis de la segunda mitad del siglo XX es presentado por el Autor bajo el signo de la multilateralidad, como el momento de la eclosión de toda una serie de aportaciones procedentes de diversos campos que convergen en la misma tarea de poner a la historiografía española a la hora de Europa. Por un lado, otra serie de historiadores, que trabajan más en solitario, son capaces de levantar obras de primera magnitud por su rigor en la documentación y por su originalidad en la invención, que se manifiesta sobre todo en una gran explosión temática: se analiza así la producción de Ramón Carande, Felipe Ruiz Martín, Antonio Domínguez Ortiz, Julio Caro Baroja y José Antonio Maravall, justamente reivindicado entre otras cosas por haber devuelto su carácter revolucionario a las Comunidades de Castilla. Vienen a continuación las colaboraciones entre el exilio y los profesionales del interior, cuya máxima expresión son los famosos Coloquios de Pau dirigidos por Manuel Tuñón de Lara a partir de la década de los Setenta y donde se dieron cita lo más granado de la joven generación de contemporaneístas españoles.

Mención aparte merecen los hispanistas, que precisarían de un libro para ellos solos. El Autor se ocupa especialmente de los estadounidenses (como Gabriel Jackson), de los británicos (cuya personalidad más influyente ha sido John Elliott y sus seguidores, el espléndido y numeroso elenco de sus discípulos) y de los franceses, donde faltan muchos nombres, pero al menos se menciona a Henri Lapeyre y, sobre todo, a Pierre Vilar, que recibe el privilegiado tratamiento que merece. Pierre Vilar es, en efecto, responsable de habernos legado una extraordinaria monografía regional (*La Catalogne dans l'Espagne moderne*, que cumple ahora los cincuenta años), una difundidísima síntesis de *Historia de España* (un milagro

editorial con su treintena larga de ediciones, y quizás nos quedemos cortos) y una serie de escritos teóricos, que abrieron la mente a los historiadores de varias generaciones. También le debemos, aparte de la liquidación del viejo tópico del atraso de España, la conciliación entre las enseñanzas de la escuela de los “Annales” y el marxismo (la “historia razonada” que inspiraría la investigación de buena parte de los historiadores españoles durante el último tercio del siglo pasado), la conciliación entre la historia de los hechos sociales y económicos y la de los hechos políticos, la conciliación entre una historia de España y una historia de las nacionalidades históricas que la integran, la conciliación entre la visión de la historia de España desde el centro y la visión desde la periferia. En definitiva, nos deja una deuda que nunca acabaremos de liquidar.

El cierre del libro es, no un listado, pero sí un rápido recorrido por un centenar de iniciativas que han puesto a la historiografía española entre las más avanzadas del mundo. Se habla del papel de revistas como “L’Avenç” (Barcelona) y “Debats” (Valencia), de editoriales pioneras como Crítica y Ariel, ambas de Barcelona y sobre las que planea el asesoramiento permanente e impagable de Josep Fontana (a quien también todos debemos reconocimiento), de iniciativas rompedoras como la de *Historia a Debate* dirigida por Carlos Barros. En fin, se ofrece una panorámica de la riqueza de hoy, que sin embargo no permite todavía hacer una historia de España cuya narrativa esencial sea aceptable para una inmensa mayoría de los ciudadanos, como ha demostrado recientemente la controversia desatada por el *Diccionario Biográfico* de la Real Academia de la Historia.

Para concluir, hay que afirmar con toda rotundidad que Gonzalo Pasamar ha escrito un libro necesario. Un libro que se ha beneficiado no solo de sus profundos conocimientos, del rigor de su indagación y de la ponderación de sus juicios, sino incluso de la utilización del inglés, un idioma que por su flexibilidad y su economía parece especialmente apropiado para este género. Ahora bien, esta síntesis de la historiografía española es tan excepcional, por la lucidez de sus conceptos y la claridad de su exposición, que no puede permitirse el lujo de difundirse solamente en inglés. Siguiendo el ejemplo del padre Mariana, sería conveniente publicarla también en español para ponerla a disposición de un público más amplio. Todavía quedan cosas por aprender en este país, y una de ellas son otros idiomas.

Carlos Martínez Shaw

Un importante strumento per il ricercatore e lo studioso

Vittorio Scotti Douglas (a cura di), *Spagna e Regno di Sardegna dal 1814 al 1860. Studi, inventari e documenti inediti*, Alessandria, Edizioni dell’Orso, 2011, pp. 784 + CD, ISBN 978-88-6274-312-9

Tra le numerose iniziative culturali ed editoriali che hanno caratterizzato le celebrazioni del 150° anniversario della nascita dello Stato nazionale italiano, accanto alle ricerche mirate ad approfondire aspetti, momenti e figure del processo di unificazione già affrontati dall’abbondante storiografia sull’argomento, non sono mancati apporti originali che hanno messo a fuoco nodi tematici nuovi o

meno praticati dagli studiosi, contribuendo, tra l'altro, a documentare e valorizzare l'indiscutibile dimensione europea del Risorgimento italiano. L'attenzione riservata alla fitta rete di relazioni e influenze che si stabilì tra gli Stati preunitari e gli altri Stati europei ha conferito nuova centralità a rapporti finora rimasti abbastanza al margine dell'indagine storiografica. A proposito delle relazioni tra Italia e Spagna dai primi anni della Restaurazione all'Unità, va rilevato, ad esempio, che al lavoro del 1994 di Marco Mugnaini (*Italia e Spagna nell'età contemporanea. Cultura, politica e diplomazia (1814-1870)*, Alessandria, Edizioni dell'Orso) non hanno fatto seguito ulteriori e specifici contributi, sebbene i rapporti fra i due paesi, come ha recentemente osservato Romano Ugolini, siano stati «tutt'altro che irrilevanti» e la Spagna abbia rappresentato per diverse figure del nostro Risorgimento «una palestra militare e ideologica che ne avrebbe condizionato l'impegno in patria».

Alla luce dello stato degli studi, il volume non solo interviene a colmare una lacuna ma fornisce agli studiosi un prezioso repertorio di fonti, in gran parte inedite e utili a far luce sugli stretti rapporti che, sebbene segnati da crisi politiche e diplomatiche di un certo peso, intercorsero tra il regno sabauda e la Spagna nel periodo preso in esame. Il lavoro, realizzato grazie al contributo dell'Associazione culturale Italia e Spagna (ACIS), ma sostenuto anche dall'Ambasciata di Spagna in Italia, da importanti Fondazioni italiane e spagnole, dal Ministero degli Affari Esteri e da quello per i Beni e le Attività culturali, dall'Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, dal Comune e dalla Provincia di Torino, si colloca dunque a pieno titolo e con autorevolezza scientifica nel quadro delle citate celebrazioni.

Noto esperto di storia politica e militare della Spagna del XVIII e XIX secolo, Scotti Douglas ha coordinato quest'ultimo lavoro con la padronanza e il rigore consueti. Il volume si caratterizza per un impianto scientifico e una struttura d'indubbia complessità che gli conferiscono la duplice valenza di risultato di un originale percorso di ricerca e di vera e propria fonte per ulteriori studi e approfondimenti sul tema, grazie alla pubblicazione di una ricca e preziosa serie di appendici che costituiscono parte integrante del lavoro.

La prima sezione ospita tre densi saggi dello stesso Scotti Douglas (*La politica estera sabauda dalla Restaurazione al 1848: linee di tendenza e nuove prospettive di ricerca*), di José Ramón Urquijo Goitia (*Ideologia e interessi commerciali nelle relazioni ispano-sarde*) e di Alberto Gil Novales (*L'influsso della rivoluzione spagnola del 1820 in Italia e in Europa*), cui seguono due serie di profili biografici dei Segretari di Stato (poi Ministri) e degli ambasciatori e/o incaricati d'affari del regno di Sardegna, redatti rispettivamente da Marco Brunazzi e Pierangelo Gentile, e due elenchi, redatti a cura di Urquijo Goitia, dei ministri degli Esteri spagnoli e degli ambasciatori, ministri plenipotenziari e incaricati d'affari accreditati presso la Legazione di Torino dal 1816 al 1865.

Il saggio di Scotti Douglas, che privilegia il taglio storico-istituzionale, richiama in primo luogo la rigidità dei provvedimenti varati nel maggio 1814 da Vittorio Emanuele I al rientro dal lungo esilio cui lo aveva costretto la dominazione francese e segnala nell'impegno a ripristinare integralmente le vecchie istituzioni del periodo prenapoleonico il motivo conduttore della Restaurazione ottusamente reazionaria perseguita dal sovrano e assecondata «da un ristretto gruppo di dignitari reazionari e mediocri ancor più di lui» (p. 21). Circa le linee guida

della politica estera del regno di Sardegna dal 1815 al 1848, vengono segnalate la tendenza a confermare la «consolidata tradizione di equilibrio tra le grandi potenze al fine di poter ricavare in qualsiasi contingenza il maggior utile dinastico con il minor rischio politico, militare e finanziario» (pp. 21-22) e l'accorta scelta del sovrano di affidare la Segreteria di Stato per gli Affari Esteri al conte di Vallesa, abile e rigoroso regista della diplomazia sabauda fino al 1817. A un rapido *excursus* delle altre personalità che si avvicendarono alla prestigiosa carica fino al 1860 segue l'analisi delle fondamentali attribuzioni e funzioni esercitate nell'ambito della Segreteria di Stato per gli Affari Esteri dal Primo ufficiale. Nel passare in rassegna i titolari di un incarico rivelatosi in molti casi «più politico che burocratico», l'Autore non manca di rilevare che ad alcuni funzionari di maggior spessore e più spiccata personalità si alternarono anche figure sbiadite e per lo più espressione di un indirizzo rigidamente conservatore, quando non apertamente reazionario. Ampio risalto viene dato a un documento inedito del 1816 contenente una serie di *Istruzioni* di Vittorio Emanuele I a Prospero Balbo, ambasciatore sardo a Madrid di recente nomina. Ne emergono la preoccupazione della Corte di Torino per l'influenza che Austria, Prussia, Russia e Gran Bretagna esercitano sugli altri Stati, limitandone la sovranità e condizionandone le scelte e l'intento di stabilire più stretti rapporti con le potenze europee minori, tra cui la Spagna, allo scopo di difendere la loro indipendenza e i loro diritti dalle ingerenze di quelle. Scotti Douglas rivolge opportunamente l'attenzione anche alle cause del progressivo deterioramento dei rapporti del regno di Sardegna con la Gran Bretagna, maturato definitivamente in seguito alla repressione dei moti del 1821 e accelerato dalla firma, nel 1831, di una Convenzione austro-piemontese di carattere difensivo contro eventuali velleità francesi a danno dei due Stati, che affidava il comando di un esercito comune a Carlo Alberto. A conferma del carattere «spiccatamente personalistico» (p. 41) conferito dal sovrano alla politica estera sabauda e della funzione puramente esecutiva riservata al Segretario di Stato per gli Affari Esteri, è richiamato il sostegno politico-diplomatico, finanziario e sotto forma di fornitura di armi assicurato al pretendente carlista dopo la morte di Ferdinando VII (1833), una scelta che comportò una rottura ultradecennale delle relazioni con il paese iberico. A giudizio dell'Autore, tuttavia, Carlo Alberto sarebbe riuscito a conservare un «briciolo di buon senso» (p. 42) a proposito delle pretese legittimiste di don Carlos, mantenendosi comunque nel solco della politica cauta e attendista di Metternich. Frenato nei suoi «impulsi bellicosi» in politica estera, il sovrano si sarebbe presto concentrato sulle note riforme amministrative di innegabile stampo napoleonico, concedendo lo Statuto del marzo 1848 «*obtorto collo* e con molte imprecazioni» all'indirizzo di Ferdinando II delle Due Sicilie. Senza alcuna simpatia per Carlo Alberto, Scotti Douglas non manca di rilevare le diverse contraddizioni di un regno che di lì a poco sarebbe stato travolto dalla dura prova della prima guerra d'Indipendenza, costringendo il sovrano all'abdicazione e all'esilio. L'ultima parte del saggio fa il punto sulla storiografia e sui repertori di fonti già pubblicati sul tema affrontato e suggerisce nuovi e stimolanti percorsi di ricerca sui rapporti ispano-sardi.

Nel contributo di Urquijo Goitia, uno tra i maggiori studiosi della Spagna *isabelina* e del carlismo, viene analizzato il ruolo che il pensiero e la pratica politica controrivoluzionaria, variamente combinati con gli interessi commerciali,

esercitarono nelle difficili relazioni ispano-piemontesi dalla fine del regno di Ferdinando VII al 1848. Sulla base di una nutrita serie di fonti archivistiche, il saggio ricostruisce l'attività svolta da ministri, ambasciatori e consoli dei due paesi, ma anche delle maggiori potenze europee, in relazione alle rivendicazioni legittimiste dell'infante don Carlos nei confronti di Isabella II e alla prima guerra carlista, documentando in modo convincente il significato assunto dagli avvenimenti spagnoli come banco di prova dei rapporti di forza tra i difensori a oltranza dei principi della monarchia assoluta e il fronte liberale schierato a sostegno della reggente e della giovane regina.

In particolare l'Autore pone in risalto l'aperto sostegno assicurato dal regno di Sardegna alle forze carliste sul piano ideologico, dal punto di vista diplomatico ma anche sotto forma di aiuti materiali, indicando come figura di riferimento obbligata quella del conte Clemente Solaro della Margarita, incaricato d'affari presso l'ambasciata sarda a Madrid dal 1826 al 1834 e strenuo sostenitore della causa di don Carlos presso le altre potenze conservatrici anche dopo il suo rientro a Torino. Alla sottolineatura degli aspetti ideologici egli affianca un'accurata ricostruzione delle circostanze che tra il 1835 e il 1836 portarono all'irrigidimento della politica piemontese circa il riconoscimento politico del governo *isabelino*, all'intensificazione degli aiuti in armi e denaro ai ribelli spagnoli e, conseguentemente, all'accresciuto rischio di veder compromessi gli interessi commerciali del regno sabauda in Spagna. Specifico risalto viene dato anche a diverse iniziative diplomatiche delle potenze europee, alcune delle quali affidate allo stesso Carlo Alberto, per ottenere dal pretendente carlista assicurazioni circa la natura controrivoluzionaria delle riforme politiche che avrebbe attuato in caso di vittoria. Ben documentata è anche l'accelerazione della crisi delle relazioni tra Spagna e regno di Sardegna dopo il ripristino nel paese iberico della Costituzione del 1812 e l'annullamento, nel settembre 1836, della validità degli *exequatur* ai consoli piemontesi in Spagna, ai quali veniva fatto divieto di esercitare pubblicamente le loro funzioni. A tale misura, che arrecava un grave danno agli interessi commerciali del governo piemontese e che provocò un'analogo iniziativa di ritorsione di Solaro nei confronti dei consoli spagnoli, l'Autore conferisce particolare risalto. L'ultima parte del saggio mette a fuoco il definitivo irrigidimento di posizioni che determinò la totale rottura delle relazioni ispano-sarde che solo dopo il 1839, in seguito alla sconfitta e all'esilio di don Carlos, si sarebbero avviate verso una graduale normalizzazione, divenuta effettiva dopo le rivoluzioni del 1848 con il reciproco riconoscimento dei rispettivi rappresentanti diplomatici.

Nell'*incipit* del suo saggio Gil Novales, storico di fama del *Trienio constitucional* e curatore, tra l'altro, di alcuni scritti di Joaquín Costa e di Rafael del Riego, richiama le immediate e vaste ripercussioni «non solo sul piano informativo ma anche politico» (p. 97) che la rivoluzione spagnola del 1820 ebbe tanto nel continente europeo che nei paesi ibero-americani, e cita, come esempio, l'intensa corrispondenza diplomatica inviata dall'ambasciatore sardo a Madrid, Brignole Sale, alla Corte di Torino dal gennaio 1820 al giugno 1821. A proposito del «mito spagnolo», nato in Italia e nel continente con la *Guerra de la Independencia* e in seguito potentemente alimentato dalla rivolta di Cadice del 1812 e dai suoi esiti politici e militari, l'Autore ricorda alcuni lavori di Salvatore Candido, Giorgio Candeloro e Franco Venturi, ma soprattutto la «scoperta» (p. 97) di un

vecchio lavoro di Giorgio Spini: *Mito e realtà della Spagna nelle rivoluzioni italiane del 1812-1821* (1950).

A una digressione sul concetto e la pratica della violenza, considerati impliciti in ogni esperienza rivoluzionaria, e sulla legittimità, in particolari circostanze storiche, dell'insurrezione popolare, seguono alcuni esempi di personalità che hanno teorizzato tale diritto con riferimento all'esperienza della *Guerra de la Independencia* (Jovellanos) e a quella della traumatica fine del *Trienio* (Manuel Eduardo de Gorostiza). Gil Novales concorda con Richard Herr circa il fatto che in Spagna la formazione di una mentalità liberale e la stessa concezione di una Costituzione liberale sarebbero state influenzate non solo dallo studio della storia nazionale e del diritto naturale ma anche dall'*Esprit des lois* di Montesquieu e sottolinea come la Costituzione del 1812, un anno «quasi magico» (p. 100), sia diventata parte integrante ed elemento dominante tanto dell'esperienza spagnola che della storia d'Europa. Egli osserva che la rapida internazionalizzazione, «inizialmente non prevista», di quella pietra miliare del costituzionalismo europeo avrebbe contribuito a correggere l'immagine negativa della Spagna veicolata da una parte dell'Illuminismo francese e favorito una nuova lettura in chiave europea della sua storia. Su questo ribaltamento dell'immagine di una Spagna ai margini del continente e avviata verso un'inarrestabile decadenza, l'Autore mostra di condividere il giudizio di Imbruglia circa il fondamentale contributo fornito da due saggi pubblicati da Diderot nel 1780.

Tra i caratteri della rivoluzione del 1820, l'Autore segnala il cosciente richiamo dei protagonisti ai loro predecessori del XVI secolo, i *comuneros* e gli *agermanados*, un indubbio, sebbene minoritario, «pensiero repubblicano, espresso da Juan Romero Alpuente» (p. 102) e, oltre all'indiscutibile influsso della Rivoluzione francese, il contributo dell'illuminismo iberico, a lungo sottovalutato dalla storiografia. Obbligato risulta l'ampio riferimento al ruolo del generale Rafael del Riego, «l'uomo che osa» (p. 105), e al suo mito che ha permeato la memoria collettiva in paesi ed epoche diverse e ispirato, dopo la sua morte, «fenomeni di natura quasi religiosa» (p. 106). Una sottolineatura particolare è riservata all'*Inno di Riego*, considerato «l'equivalente della Marsigliese» (p. 106) in quanto simbolo per eccellenza dell'esperienza del 1820, oltre che elemento centrale nel processo di formazione di una mentalità rivoluzionaria.

Dopo alcuni riferimenti all'influenza della rivoluzione del 1820 sui moti rivoluzionari portoghesi dello stesso anno, sui moti decabristi del 1825 in Russia e sulle «rivoluzioni italiane del 1820-'21», l'attenzione si concentra sull'entusiasmo per l'esperienza spagnola testimoniato negli scritti e nell'azione politica da Santorre di Santarosa, il protagonista della rivoluzione piemontese che nel 1821 proclamò la Costituzione spagnola «come si disse, per solidarietà con Napoli» (p. 109), pur preferendo il modello della Costituzione siciliana del 1812. Di grande interesse è anche la parte relativa alla rilettura in chiave moderata del pensiero del patriota piemontese operata, attraverso falsanti ritocchi e correzioni ad alcune sue lettere, dal filosofo eclettico Victor Cousin, come ha documentato Mastellone in alcuni suoi lavori.

L'Autore rivolge, infine, un rapido sguardo agli echi internazionali del *Trienio liberal* e individua una sorta di filo rosso, «un'affinità ideale» (p. 122), che collegherebbe l'«Internazionale liberale» scesa inutilmente in campo nel 1823 a difesa di quell'esperienza all'impegno delle brigate internazionali nella Guerra

civile spagnola e al rosselliano «Oggi in Spagna, domani in Italia». La densità dei riferimenti di carattere letterario e filosofico, oltre che storico, conferisce al saggio un respiro culturale particolarmente ampio che ne rende particolarmente stimolante ma anche impegnativa la lettura.

Nella seconda sezione del volume sono pubblicate le trascrizioni di tre documenti inediti di grande interesse conservati nell'Archivio di Stato di Torino e nell'Archivio storico diplomatico del Ministero degli Affari Esteri a Roma. Nel primo caso si tratta di una lettera del 26 maggio 1814 in cui Ferdinando VII informa Vittorio Emanuele I della buona accoglienza che i sudditi gli hanno riservato al ritorno in patria dall'esilio francese. Il secondo documento è un dettagliato dispaccio dell'ottobre 1816 in cui il sovrano sabauda indica al conte Cesare Balbo, incaricato di riaprire la legazione sarda a Madrid, le direttive da seguire e il tipo di informazioni sulla situazione spagnola che dovrà fornire alla Corte di Torino. Il terzo inedito è la minuta della lettera redatta da Costantino Nigra, ma dettata, firmata e corretta personalmente da Cavour, con cui si forniscono al ministro plenipotenziario a Madrid, Romualdo Tecco, le istruzioni circa l'azione diplomatica da svolgere nel paese iberico. La densa sezione documentaria del volume (oltre 600 pagine) include, inoltre, la ristampa anastatica di un raro opuscolo sabauda del 1837 che raccoglie i documenti della vertenza che oppose il regno di Sardegna alla Spagna a proposito dell'*exequatur* dei consoli dei due paesi e di due volumi della collana *Indici dell'Archivio Storico* del Ministero degli Affari Esteri, curati da Ruggero Moscati (1947) e da Francesco Baccino (1951), contenenti rispettivamente gli inventari analitici dei documenti della Segreteria di Stato degli Affari Esteri del regno di Sardegna e l'elenco delle note e dei dispacci delle legazioni sarde a Parigi, Berna, L'Aja, Lisbona e Madrid. Seguono la schedatura dettagliata della corrispondenza diplomatica intercorsa tra Torino e i suoi rappresentanti in Spagna dal 1814 al 1860 e l'elenco di una selezione delle fonti storiche spagnole sulle relazioni tra Spagna e regno di Sardegna, il tutto riprodotto in formato *database* in un CD allegato al volume. Completano il lavoro i sommari in spagnolo e inglese dei tre saggi, alcuni brevi profili biografici e scientifici dei numerosi collaboratori e una ricca Bibliografia.

Frutto di un imponente e qualificato lavoro collettivo, coordinato dal curatore con indubbia efficacia, e strumento prezioso per gli studiosi di settore, il volume si caratterizza anche come rigoroso modello di metodo storiografico e di accurata attenzione filologica alle fonti.

Silvana Casmirri

Parlamento, liberalismo e ruolo della donna durante la Restauración

M. Aglietti, *Cortes, Nazione e cittadinanza. Immaginario e rappresentazione delle istituzioni politiche nella Spagna della Restauración (1874-1900)*, Bologna, CLUEB, 2012, pp. 186, ISBN 978-88-84913-606-7.

Quello di Marcella Aglietti è un libro che coniuga, con sicurezza, ricerca storica istituzionale e politica con quella di "genere".

Questo volume si fonda, in sostanza, su una diade che permea l'intero lavoro: da una parte la costruzione del ruolo egemonico sulle istituzioni dell'oligarchia borghese e liberale e dall'altra il processo di consolidamento dell'impianto politico-culturale che corroborò tale costruzione, attraverso l'amplificazione di modelli, di categorie, di immaginari e dell'«insieme delle rappresentazioni delle icone e degli stereotipi» della politica liberale, che sostennero sempre l'esclusione al voto e ai diritti, in generale, delle donne.

La *Restauración* fu il periodo storico in cui venne a distendersi forse il più importante dibattito sulle *Cortes* e sull'istituzione parlamentare della storia spagnola — dopo quasi settant'anni in cui si alternano ordinamenti monarchici a esperienze repubblicane, costituzioni rigide a flessibili —, durante il quale i ceti liberali terminarono la costruzione dell'immaginario politico in cui trovò sostanza la riscoperta, in chiave tutta nazionalista e “patriottica”, della plurisecolare tradizione istituzionale iberica a iniziare dalle più antiche assemblee rappresentative.

Il liberalismo spagnolo riscopriva nella storia dell'esperienza delle assemblee del León e di Burgos del Duecento, fino a quelle parlamentari di Castiglia e d'Aragona, il terreno culturale sul quale fondare la rivendicazione di un primato politico-istituzionale nel contesto europeo, che permettesse di enfatizzare e radicare quelli che si voleva fossero riconosciuti come i fondamenti dell'identità e del patriottismo spagnoli.

Questi convincimenti, infatti, assunsero a base necessaria sulla quale radicare, o rafforzare, una forma di Stato che si sostanziò su un regime monarchico-parlamentare, che avrebbe portato a una graduale trasformazione della monarchia stessa e, di conseguenza, a una *balance* tra l'attività di governo del sovrano, il potere esecutivo esercitato dai ministri e le *Cortes*, che avrebbero svolto un ruolo di sostanziale rappresentanza degli interessi (p. 40).

Infatti già nella stesura del preambolo al decreto reale del 31 dicembre del 1875 con cui poi si proclamarono le elezioni per le *Cortes*, il convincimento di Cánovas era chiaro: le *Cortes* che bilanciano il potere con la corona e il governo fondavano la legittimità del regime politico.

In questo senso, il quadro costituzionale che uscì dalla Carta del 20 giugno 1876 configurò un sistema in cui le *Cortes* e l'istituto monarchico condividevano la sovranità. Il Parlamento rappresentava la base della legittimità del sistema a sovranità “partecipata”, in quanto rappresentava, sul piano politico-costituzionale, la storia e l'identità politica della Spagna; in questo senso i costituenti di quegli anni decostruirono politicamente, come mostra bene Aglietti, il principio della “sovranità nazionale”, di orientamento rivoluzionario francese, inserito un decennio prima nella Costituzione “democratica” del 1869.

In sostanza si consolidò, come sostiene Aglietti, un sistema monarchico-costituzionale che certamente aveva introdotto dei pesi e contrappesi tra il potere del re e quello del Parlamento, ma che, però, ridusse rapidamente la funzione delle *Cortes* a quella principalmente di gestione delle finanze, nonostante gli sforzi del partito liberal-fusionista per aumentarne il ruolo costituzionale.

Del resto il sistema cosiddetto del *turno* — che consisteva in un accordo prelettorale tra i principali partiti, liberale e conservatore —, se determinò una decisa stabilità politica, che garantì una reale alternanza, questa non solo avviò un ridimensionamento delle *Cortes* e il depotenziamento del ruolo costituzionale dei

partiti, ma dovette sempre più appoggiarsi al sostegno delle reti clientelari dei *caciques* locali, vero ago della bilancia del consenso nelle periferie dello Stato.

Questo lavoro, inoltre, mostra bene come durante la *Restauración*, a fronte di una produzione legislativa riguardo a forme “nuove” di partecipazione alla politica — che può essere considerata dalla storiografia tra le più avanzate d’Europa —, dilagassero in profondità situazioni di clientelismo che detenevano ancora una forza contrattuale notevole e inevitabile.

Uno dei banchi di prova del sistema politico di quegli anni fu il confronto sulla legge elettorale e sull’introduzione del suffragio universale maschile, spinto, a fasi alterne, dal partito liberal-fusionista. Cánovas decise — e questo mi sembra uno dei passaggi più interessanti del libro — di acconsentire all’introduzione dell’ampliamento del diritto al voto con l’intento, secondo Aglietti, di consolidare sempre di più il rapporto fra il partito liberal-fusionista e il sistema monarchico, nonostante la parte politica conservatrice avesse sempre visto nell’estensione del suffragio un pericolo per l’equilibrio del potere e uno strumento potenzialmente in grado di introdurre elementi di manipolazione della volontà popolare.

Questo saggio mostra bene, e in maniera convincente, come nei decenni centrali della *Restauración* l’estensione progressiva del voto trascinò anche un cambiamento nel rapporto fra candidati ed elettori. La scelta di questi ultimi cadeva sempre più negli anni Ottanta e Novanta su persone di riconosciuta capacità e di qualità professionale e intellettuale. Perdeva, cioè, consistenza la tradizionale figura del deputato improvvisato a vantaggio di quello in possesso di una riconosciuta abilità oratoria, avviandosi, per così dire, un processo di professionalizzazione della carica che amplificava il passaggio da un sistema notabile a quello più moderno di “clientelismo ripartito”.

Già dopo l’introduzione del suffragio universale nel 1870 fu più complesso imporre un candidato *cunero*, proveniente da un altro distretto, mentre divenne più agevole per le oligarchie locali e per i *caciques* imporre un candidato del distretto (*proprio*), attraverso anche un affinamento delle tattiche clientelari e della pratica del voto di scambio. Pratiche che diventeranno più forti anche dopo il varo delle leggi elettorali del 1878 e del 1890.

Tra la fine degli anni Settanta e gli anni Novanta, la crescita politica della società spagnola migliorò gli strumenti di comunicazione elettorale, ma da un altro punto di vista venne a manifestarsi anche un numero crescente di fenomeni come i brogli e la manipolazione del voto.

L’A., con una certa severità di giudizio, sostiene più in generale che vi fu un complessivo fallimento del processo di democratizzazione a causa di una reale mancanza di competizione elettorale, senza tralasciare correttamente che però si era costruita un’efficace tenuta del regime liberale — fondato su uno Stato di diritto e una vita pubblica attraversata da un vivace dibattito politico — in cui però i partiti svolgevano un ruolo forse più di «stimolo intellettuale», che di reale intervento nella politica istituzionale, detenuta rigidamente dai partiti di governo, garanti anche della tenuta delle istituzioni parlamentari, vero fondamento dell’ideologia liberale.

Riguardo proprio all’ideologia, l’A., nella sua disamina sui riferimenti storico-culturali del liberalismo, legati alle *Cortes* di Cadice e alle esperienze dei re-

gni di Castiglia e Aragona, ma anche a tutta quella letteratura vincolata al tema identitario, in qualche modo, del *desastre* e del ritardo ispanico nei confronti delle altre esperienze europee, insiste sulla forza del sistema statale come elemento aggregante nella costruzione dell'idea di Nazione. Rimanendo all'interno del dibattito culturale, per così dire, nella società spagnola, Aglietti nel capitolo conclusivo del suo lavoro sposta più in avanti l'analisi e ci conduce nell'indagine sui modelli concettuali di genere «capaci di determinare e giustificare strategie sociali e di potere di lunga durata».

Quest'ultima parte introduce un tema, quello della dicotomia di genere e del ruolo della donna, che venne amplificato durante l'età liberale anche con l'introduzione del codice civile nel 1889, in cui si rinforzò, però, la condizione subordinata delle donne. Condizione, quella dell'identità femminile, che godeva in qualche modo di un vivace dibattito pubblico, ma che non approdò mai sui giornali di partito, neppure in seguito ai successi letterari delle scrittrici spagnole durante gli anni conclusivi del XIX secolo.

Del resto il liberalismo spagnolo non superò la cosiddetta teoria delle “sfere separate” che escludeva le donne dalla scena e dalla partecipazione politica e le relegava, al massimo, nella sfera della filantropia e della beneficenza, riconoscendo eventualmente la richiesta del godimento di qualche diritto di base come quello all'educazione e all'istruzione, alla salute o alla garanzia di un sostegno economico.

Del resto, anche la cultura liberale non aveva fatto altro che consolidare il modello classico della domesticità materna, che non ammetteva la donna emancipata, percepita invece come portatrice di caos, mentre aveva sempre sostenuto l'immaginario della donna, come creatura semplice, al più tutrice dei valori profondi della famiglia e della società.

Il rispetto di questi valori era quindi un dovere sociale femminile e segno di patriottismo, fonte quindi di compiacenza e approvazione da parte della società. Dall'affermazione di questi principi e atteggiamenti politico-sociali derivava, anche per contrapposizione, il riconoscimento esclusivo all'uomo dell'esercizio della cittadinanza attiva, che rimaneva prerogativa maschile, forse più un dovere che un diritto.

Nella sua ricognizione sul dibattito intorno al ruolo sociale e politico della donna scaturito negli anni '90, anche in seguito all'epilogo della guerra ispano-americana, Aglietti ci mostra con una notevole chiarezza espositiva, districandosi fra temi, problemi, invettive e polemiche, gli approcci di intellettuali come Antonio Fabié, Carlos María Perier y Gallego, José Espinosa Bustos e Alberto Ramos Calderón, solo per citarne alcuni, nella costruzione di quel recinto culturale e politico in cui reclusero il ruolo delle donne fino al Novecento.

All'interno di questo recinto la donna, sebbene acquisisse la riconoscibilità di alcuni diritti come quello della tutela in tema di attività lavorativa, mantenne però l'esclusione non solo dalla cittadinanza (anche in un sistema a suffragio universale, concesso in anticipo rispetto agli altri paesi europei), ma anche dal percorso emancipativo, perché antipatriottico, antinazionale, amorale e contiguo a modelli sociali come quello americano e francese, che apparivano alle classi liberali spagnole di fine secolo così degradanti e riprovevoli.

In conclusione, Marcella Aglietti, indagando a fondo un ventennio decisivo, sotto molti punti di vista, della storia politica spagnola, ci restituisce una ricerca

vivace, più sulle contraddizioni che sui cardini di quell'epoca, che serve per meglio comprendere le chiavi di volta del passaggio della storia istituzionale e delle classi dirigenti liberali iberiche tra la fine dell'Ottocento e il primo decennio del Novecento.

Leonida Tedoldi

Con Franco vivíamos peor: antifranquismo y cultura democrática

Abdón Mateos, *Historia del antifranquismo. Historia, interpretación y uso del pasado*, Barcelona, Flor del Viento, 2011, pp. 287, ISBN 978-84-96495-48-7

Alberto Sabio Alcutén, *Peligrosos demócratas. Antifranquistas vistos por la policía política (1958-1977)*, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 402, ISBN 978-84-376-2897-4

La historia de la lucha contra la dictadura de Franco y del exilio es una de las líneas de investigación y divulgación con mayor fortuna en los últimos años por varios motivos, entre los cuales ocupa un lugar destacado el debate suscitado en torno a la recuperación de lo que se ha llamado la “memoria histórica”. Y la dictadura franquista y la creciente contestación contra ella forma parte de la dimensión social de la memoria de las cohortes demográficas que en España tienen hoy más de cincuenta años, de ahí que constituya también uno de los temas de lo que conocemos como “historia del presente”. Son muchos los títulos que demuestran el interés de los historiadores, pero también de los periodistas y de muchos de sus protagonistas, por recuperar ese pasado reciente como raíz de nuestra actual democracia.

Sin entrar ahora en la polémica provocada por los publicistas neofranquistas — muchos de ellos han descubierto en su madurez las ventajas de todo tipo que les reporta defender el régimen contra el que lucharon en su juventud — el interés por la lucha antifranquista pone de acuerdo tanto a quienes reivindican la forma y, sobre todo, el resultado de la Transición a la democracia, como a quienes critican sus presuntos vicios, mitos y silencios. Por eso la atención, que no decae, hacia la represión de la inmediata posguerra, el exilio, el maquis y las variadas formas de resistencia social, se ha extendido hacia las dos últimas décadas de la dictadura o “segundo franquismo”. Al mismo tiempo que, en otra tendencia paralela, los aspectos más estrechamente políticos de las primeras obras sobre la oposición (las de Javier Tusell, Sergio Vilar o hispanistas como Hartmut Heine) han dejado paso a un mayor interés por los aspectos sociales y culturales en esa “liberación” de espacios controlados hasta entonces por la dictadura.

El presente libro de Abdón Mateos, catedrático de la UNED y autor de varias obras sobre el exilio y el antifranquismo, entre las más recientes *La batalla de México. Final de la guerra civil y ayuda a los refugiados, 1939-1945* (2009), *Historia de la UGT. Contra la dictadura franquista* (2008), o *Historia y memoria democrática* (2007), es la primera síntesis sobre el tema. Esta es su gran aportación en un panorama caracterizado por la creciente abundancia de estudios, como he señalado, pero también por su fragmentación, superada habitualmente solo a través de libros colectivos. Años después del trabajo pionero de Javier Tusell, el

profesor Abdón Mateos retoma su legado para incorporar las muchas de las aportaciones aparecidas en estas tres décadas de investigación histórica en democracia. Este es también su mayor reto: abarcar un amplio arco cronológico, durante el cual evolucionó tanto el régimen como la oposición, y abarcar un enfoque epistemológico igualmente amplio, donde lo político no quede reducido a los partidos clandestinos sino que integre las variadas formas de protesta y movilización socio-cultural.

En el balance final, el libro responde a ese reto de manera parcialmente satisfactoria. Me parece acertada y relevante la tesis expuesta en la introducción, que plantea la continuidad entre las formas y las plataformas de oposición exterior e interior a la dictadura, en la evolución de sus relaciones y mecanismos de legitimación-deslegitimación, frente a las interpretaciones más mecanicistas acerca del surgimiento de una movilización interior controlada por el clandestino Partido comunista y alimentada cada vez más por la disidencia católica. Por eso mismo, hubiera sido deseable profundizar en esas relaciones y mecanismos más allá de la narración, muy completa, de la restauración de las instituciones republicanas en el exilio y los sucesivos intentos de crear plataformas unitarias de oposición.

En tensión inevitable entre la exposición cronológica y temática, el Autor ha optado por dar autonomía a los distintos capítulos, cada uno de ellos abarcando el periodo completo de la dictadura. Las ventajas e inconvenientes de esa opción se reparten a partes iguales, aunque estos últimos podrían haberse mitigado con una mayor uniformidad del enfoque, muy político en los dos primeros y el cuarto capítulo, frente a una perspectiva más social en el tercero y quinto. También habría contribuido a dar uniformidad un relato que incidiera más en la relación entre todos esos aspectos, por otra parte excelentemente sintetizados por el Autor, que los ha trabajado por extenso en obras anteriores. Los factores culturales, en los que el libro se muestra más deficitario, podrían haber ayudado a la interpretación para cementar entre sí los distintos capítulos.

El sexto y último capítulo sobre el uso público supone la aportación más original del libro, retomando algunas cuestiones ya tratadas por el Autor en su anterior libro *Historia y memoria democrática*, y más desarrolladas recientemente en un número monográfico de la revista "Alcores". Su tesis es que el del exilio republicano se ha convertido en una cuestión de Estado desde los años Noventa mucho más que el antifranquismo, y que el (justo) empeño público en la reparación de las víctimas de la guerra y la represión de la posguerra ha oscurecido el papel de la lucha y del testimonio de quienes lucharon contra la dictadura durante tres décadas. Lo cual, en opinión del Autor, ha tenido consecuencias negativas en la construcción de una memoria democrática por encima de las divisiones ideológicas.

El libro de Alberto Sabio, profesor titular de la Universidad de Zaragoza, es menos sistemático y se centra en los años entre 1958 y 1977, en lo que solemos llamar "segundo franquismo" y en los dos primeros años de lo que, de forma no menos canónica, denominamos "Transición a la democracia", aunque en ellos las estructuras políticas, organizativas y represivas de la dictadura permanecieran prácticamente inalteradas en medio de una intensa movilización social. Como documento de manera exhaustiva y excelente su anterior obra, escrita en colaboración con Nicolás Sartorius, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España, 1975-1977*.

Con ambos libros Alberto Sabio ofrece una de las más completas narraciones hasta el momento de la lucha y la movilización antifranquista, con recurso abundante a la documentación interna del aparato represivo franquista. Esta documentación procedente de la Guardia Civil, la Dirección General de Seguridad (DGS) y los gobiernos civiles constituye la fuente principal de *Peligrosos demócratas*, como queda claro desde el propio título, completada con la prensa periódica y las publicaciones clandestinas de la oposición, y con algunas entrevistas orales.

En sus casi cuatrocientas páginas se recorren en orden cronológico algunos de los momentos de mayor contestación social contra el régimen de Franco, como las huelgas asturianas de 1962, el “contubernio de Munich” de ese mismo año, el estado de excepción de 1969, los juicios de Burgos de 1970, el atentado contra el consulado francés en Zaragoza en 1972, el “proceso 1001” y el asesinato de Carrero Blanco en 1973 o las ejecuciones de Puig Antich en 1974 y de cinco militantes de ETA y del FRAP al año siguiente. Casi dos décadas en las que aparecen con especial protagonismo el origen y desarrollo de las Comisiones Obreras, el movimiento estudiantil y el alejamiento del régimen de sectores cada vez más amplios del mundo católico e incluso de la propia Iglesia, con particular atención a lo sucedido en Aragón (dada la procedencia del Autor y de la mayor parte de la documentación). Dos décadas salpicadas por la sangre de quienes van cayendo, en un goteo constante, en huelgas y manifestaciones por todo el país, durante años olvidados por la España democrática.

El libro de Alberto Sabio quiere ser una narración fluida de todo ello, lo que no deja mucho espacio al análisis y la interpretación historiográfica. El objetivo se consigue en parte, pero no totalmente por un exceso de información algo desordenada y poco jerarquizada, y el abuso de un lenguaje desenfadado, tapizado de informaciones anecdóticas. El libro apunta dos interesantes vías de acercamiento al tema que, sin embargo, no son desarrolladas en toda su potencialidad. Me refiero, en primer lugar, al análisis de la imagen del antifranquista que aparece en los documentos internos del aparato represivo de la dictadura, por ejemplo comparándola con la imagen construida en los medios controlados por el Estado o con la del “rojo” en los años de posguerra, aunque ahora los enemigos pudieran ser sacerdotes o hijos de ministros y generales. Ello en el marco de una interpretación de lo que fue la “subversión” y la lucha contra ella para el régimen franquista.

En segundo lugar, el libro podría haber sacado más partido a la narración en dos niveles paralelos que utiliza en varias ocasiones: por un lado, una general de los acontecimientos y procesos más importantes del periodo; por otro, una intersección de historias concretas, microhistorias de militantes, miembros de asociaciones o víctimas de las acciones represivas, vistas desde el otro lado, como hace con algunas historias de sindicalistas de la Zaragoza de esos años o con el caso paradigmático del cura de Fabara. Podrían haber sido dos maneras de dar mayor solidez no solo analítica, sino también narrativa a un libro que, en cualquier caso, se lee bien y aporta información de interés sobre el tema. Todo ello desde la convicción, apoyada en un previo e importante trabajo historiográfico, de que la movilización social fue decisiva para la restauración de una democracia sin adjetivos en España.

Javier Muñoz Soro

La Transición de los filósofos españoles

Francisco Vázquez García, *La Filosofía española: herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*, Madrid, Abada Editores, 2009, pp. 440, ISBN 978-84-96775-60-2

Históricamente, los filósofos se han dedicado a interpretar el mundo y, en algunos casos, a transformarlo. Pero lo que raramente han hecho es interpretar la historia de su gremio y las vicisitudes que caracterizaron la vida de sus miembros para transformarlo desde dentro. En una palabra, han sido renuentes a la hora de historiarse y de proporcionar una descripción de su ámbito profesional que fuera más allá de los debates teóricos; las ideas siguen siendo el tema principal, a veces único, alrededor del cual se vertebran las principales historias de la filosofía española del siglo XX, como si el filósofo fuera un intelectual interpretable exclusivamente por su cerebro y no como sujeto histórico insertado en una realidad determinada.

A esta manera de concebir la historia de la filosofía se opone Francisco Vázquez García, catedrático de Filosofía en la Universidad de Cádiz, para quien las ideas filosóficas no se explican por sí solas, sino también en función de las biografías, trayectorias políticas y enfrentamientos académicos entre los hombres que las produjeron. De manera que el Autor nos presenta una historia de los filósofos españoles en los años 1963-1990 que conjuga el estudio de las ideas con las sociologías filosóficas e históricas, siguiendo una propuesta hermenéutica que, pese a no haber tenido una gran audiencia en España, ha producido brillantes resultados en Francia (Pierre Bordieu) y en Estados Unidos (piénsese en el Randall Collins de *Sociología de las Filosofías*). En fin, nos hallamos ante un libro cuyo principal objetivo es explicar la “Transición filosófica” española — paralela a la Transición política — por la cual se produjo el final de la hegemonía intelectual e institucional del pensamiento oficial de corte tomista (los “herederos” del franquismo) en favor de una red alternativa de filósofos ansiosos por conectarse al debate europeo de la época y ligados a la lucha antifranquista (los “pretendientes”).

Para ello, el libro arranca con una sólida descripción de la filosofía afecta al franquismo y de su deterioro a partir de la década de los Sesenta. El control tentacular de las cátedras universitarias y de las revistas de filosofía ejercido por los hombres del Opus Dei no impidió las crisis del tomismo y de la escolástica debido a causas tanto exógenas como endógenas. Por un lado, los vientos renovadores del Concilio Vaticano II supusieron un duro golpe para el integrismo filosófico español, en tanto que deslegitimó su propósito de seguir encarnando la ortodoxia del pensamiento cristiano y aceleró el proceso de alejamiento de sectores del catolicismo de la órbita del régimen (Compañía de Jesús y organizaciones de base como las JOC y la HOAC). Por el otro, el antifranquismo intelectual surgido a finales de los Cincuenta fue adquiriendo consistencia en el ámbito del pensamiento y capacidad de maniobra en el terreno de la lucha de las ideas. Todo ello obligó a los opusdeístas capitaneados por el madrileño Sergio Rábade, a abrirse a corrientes laicas como la fenomenología y el idealismo alemán, tratando, eso sí, de imponer un prototipo de filósofo extremadamente académico, cultivador de las ramas más ascéticas de la Filosofía (Metafísica y Lógica) y alejado del ensayismo político de raíz orteguiana. En resumidas cuentas, un filósofo “puro” cuyas duras

tareas de laboratorio le volvían impermeable a las bajas pasiones de la política (democrática, claro está).

Con todo, y aun manteniendo un considerable poder académico hasta los años Ochenta, la galaxia del Opus Dei no pudo contener el avance de los jóvenes leones procedentes de la oposición política. Conviene tener presente que, aunque todos se presentaran como alternativos al *establishment* filosófico-político de la época, estos nuevos pensadores no tenían demasiados puntos en común. Más bien, formaban una constelación compuesta por una serie de “nódulos” filosóficos que solían crearse alrededor del liderazgo carismático de un maestro y cuyos miembros no compartían necesariamente los mismos campos de estudio y convicciones políticas. Dicho de otro modo: eran núcleos de elaboración intelectual que mantenían un grado de cohesión personal e ideológica no siempre homogénea y que, además de enfrentarse al común enemigo opusdeísta, no dudaron en emprender una pugna más o menos subterránea por la hegemonía en el mundo de la filosofía española. Para Francisco Vázquez, son cuatro los nódulos filosóficos que formaron esta red alternativa: los de Oviedo y Valencia, nucleados respectivamente en torno al materialismo académico de Gustavo Bueno y al cultivo de la lógica formal de Manuel Garrido; el nódulo del filósofo del PSUC Manuel Sacristán, centrado en Barcelona y Madrid y estandarte del marxismo dialéctico; y, finalmente, el nódulo de José Luis López Aranguren, al que el Autor dedica el análisis más detallado por haber sido el más variado y el que terminó imponiéndose como ganador de la contienda.

El haber escogido al pensador de Ávila como cabeza visible del nódulo no se debe tanto a la riqueza de su reflexión cuanto al hecho de que reunía en su persona una serie de elementos culturales y biográficos que le convertían en una figura capaz de atraer a jóvenes filósofos de distintas características: discípulo de Xabier Zubiri y cercano en su juventud al legado de Ortega y Gasset, con los años se convirtió en el abanderado de un catolicismo reconciliado con el mundo contemporáneo y de un marxismo cálido y humanista, amén de ser uno de los introductores de la filosofía analítica en la piel de toro y de poseer una vasta cultura literaria que le permitió adentrarse en el terreno de la crítica textual. A esto, hay que añadir el contacto que mantuvo con la contracultura estadounidense de los Sesenta durante su tránsito por las universidades californianas y sus escarceos con la investigación social empírica. Cualquier filósofo inconformista podía encontrar en el ecléctico Aranguren una guía para encauzar sus inquietudes, por lo que no es de extrañar que este nódulo asumiera una fisonomía estructurada en tres “polos”: el religioso, el científico y el artístico-trágico. Igual que con los otros nódulos, Vázquez realiza una cartografía rigurosa y brillante de estos “arangurenianos” tan diferentes entre ellos: desde los neonietzscheanos iconoclastas que sacudieron la escena de los Setenta (F. Savater, E. Trias, X. Rubert de Ventós) y los estudiosos de la relación entre Historia y Metafísica (A. Bolado, A. Cortina, R. Mate, R. Valls Plana), hasta los pregoneros de la filosofía analítica liderados por Javier Muguerza. Como ya se ha dicho, en los años Ochenta, este nódulo saldrá victorioso tanto por méritos propios como por la consunción intelectual del bloque opusdeísta y el estancamiento de los grupos de Bueno, Garrido y Sacristán. El nombramiento en 1986 de Muguerza como director del Instituto de Filosofía del CSIC y la consolidación académica de sus colegas afines, certificarán el definitivo tras-

paso de poderes de los “herederos” a unos “pretendientes” que, ahora ya, dejaban de serlo.

Como siempre ocurre con los buenos libros, es complicado dar cuenta en pocas páginas de la riqueza del relato y del esmero interpretativo de Francisco Vázquez. Sin embargo, es menester resaltar que su investigación es especialmente aprovechable para los historiadores por la manera de estudiar al intelectual: un sujeto que no sólo vive de ideas, sino que, por necesidad o vocación, se vuelca en la ocupación de espacios de poder político y académico que le permiten conservar o subvertir los principios que jerarquizan su campo disciplinar. Más claro todavía: un sujeto que sabe que las ideas no son nada sin un capital político-académico (control de cátedras y revistas, presencia en los medios de comunicación, contacto con los partidos políticos y capacidad de tejer complicidades dentro de su gremio) con el que construir redes de influencia y apuntalar su estatus intelectual. El ejemplo de Muguerza encarnaría a la perfección lo que acabamos de decir: su habilidad para federar opciones filosóficas alternativas y presentarse como hombre de consenso, unida a una indiscutible solvencia para crear discípulos y copar espacios universitarios, explica su éxito como filósofo en la España democrática en la misma medida que su obra de carácter asistemático.

Asimismo, merece destacarse la brillantez del Autor para explicar cómo el origen social influye en el tipo de relación que el filósofo entabla con la universidad, la elección de los temas que investiga y los estilos narrativos que emplea para difundir los resultados de su trabajo. En efecto, no se pueden entender la irreverencia lúdico-libertaria y la aversión a la burocracia de un Savater o un Trias sin el ingente colchón económico de sus familias (que les permitía obviar los problemas económicos y las desagradecidas tareas de gestión académica que apenaban a los profesores “No Numerarios”), ni el deseo de los filósofos de orígenes humildes de alcanzar el reconocimiento institucional del que gozaban los catedráticos a través de un filosofar “hipercorrecto”, esto es, ortodoxo y ultraacadémico (lenguaje críptico, tendencia a identificar el oficio con la crítica de los textos, rechazo del panfleto y del artículo de batalla en la prensa, etcétera). En el quehacer de un filósofo, el cómo es tan importante que el qué.

Así es como Vázquez ha estudiado a sus compañeros de profesión en un libro erudito sin ser pedante, sofisticado sin ser abstruso y valiente sin ser provocador. En definitiva, un libro imprescindible para todos aquellos que creen que la historia de la cultura y de los intelectuales es mucho más que el análisis filológico de libros, artículos y conferencias.

Giaime Pala

Militanza femminile tra politica e solidarietà. Il Soccorso Rosso in Spagna

Laura Branciforte, *El Socorro Rojo Internacional (1923-1939). Relatos de la solidaridad antifascista*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 322, ISBN 978-84-9940-264-3

Questo libro affronta una storia affascinante e tuttora poco conosciuta: quella del Soccorso Rosso internazionale e della sua sezione spagnola. L’Autrice, ita-

liana, insegna Storia contemporanea all'Università Carlos III° di Madrid. Ha scritto numerosi interventi sulla storia di genere, sulla biografia come fonte storica, sul ruolo delle donne in seno alle organizzazioni comuniste di solidarietà e sul Soccorso Rosso. Di lei ricordo il recentissimo *El Socorro Rojo Internacional: agente político de la dinámica unitaria del Frente Popular (1933-1936)*, contenuto nel volume a cura di E. González Calleja e R. Navarro *La España del Frente Popular: Política, sociedad, cultura y conflicto en la España del 1936*, (Madrid, Comares, 2011) che anticipa alcuni risultati cui perviene in questo libro. Per realizzarlo l'Autrice ha esaminato una grande quantità di fonti d'archivio, in Spagna (l'Archivo General de la Guerra Civil, quello del Partido Comunista Español, l'Archivo Histórico Nacional, quelli della Fundación Pablo Iglesias, della Fundación Antonio Maura e altri), italiani (Archivio della Fondazione Istituto Gramsci) e francesi. Tra questi ultimi gli Archives du Parti Communiste Français, che contengono prezioso materiale proveniente dagli archivi ex-sovietici, quelli della Préfecture de Police de Paris e della Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine di Nanterre. Ed è riuscita, a mio parere, a dare un quadro esaustivo dell'attività e dei problemi affrontati dal Soccorso Rosso internazionale e da quello spagnolo, dei loro rapporti con le altre organizzazioni comuniste, dei mutamenti di linea e delle strategie adottate di fronte alle trasformazioni della società.

I lavori sul Soccorso Rosso al momento non sono molti. Ricordo a titolo d'esempio il recente libro di Javier Ruiz, *Carmen Ruiz Sánchez, María. Una historia del Socorro Rojo Internacional* (Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2009), libro interessante che nonostante il titolo si occupa in massima parte dell'organizzazione spagnola, utilizzando documentazione proveniente dagli stessi archivi spagnoli. Molti sono invece i lavori che riguardano alcuni dei protagonisti dell'attività del Soccorso Rosso, personalità in alcuni casi di origine italiana, come la fotografa Tina Modotti o il suo compagno nella politica e per un periodo nella vita, Vittorio Vidali, meglio noto come *Comandante Carlos* negli anni della Guerra civile. L'interesse nei loro confronti è stato talvolta stimolato dall'immagine romanzesca e truce che li accompagna, di personaggi misteriosi, al centro di innumerevoli trame, fatto che ha portato alcuni autori a illazioni non documentate nei loro confronti (ricordo in proposito il mio, seppure non recente, *La leggenda nera di Vittorio Vidali e Tina Modotti*, in "Spagna contemporanea", 1993, n. 3). L'Autrice affronta questo tema con equilibrio, appoggiandosi alle fonti incontrate di volta in volta senza cedere a facili scorciatoie in un senso o nell'altro.

Stando a Branciforte, la vita del Soccorso Rosso spagnolo, la cui data di nascita rimane incerta, attraversa due fasi ben distinte. La prima è quella che ha inizio verso la metà degli anni Venti, durante la dittatura di Primo de Rivera. La seconda, quella di maggiore portata, segue i falliti moti dell'ottobre 1934 e attraversa gli anni della Guerra civile. L'Autrice accenna brevemente anche a una terza fase, che segue la sconfitta in Spagna e lo scioglimento del SR a livello internazionale. Altra particolarità su cui l'Autrice attira l'attenzione è la femminizzazione dell'attività del SR. Al suo interno, a partire dagli anni della Seconda Repubblica, le donne rivestono via via ruoli fondamentali agendo in forma autonoma e rompendo così quell'equilibrio che le avrebbe volute impegnate solo nell'attività assistenziale, delegando le scelte propriamente politiche agli uomini, ai dirigenti dell'organizzazione e del partito.

La prima fase è la più lunga cronologicamente ma è segnata da forti difficoltà. L'Internazionale e lo stesso PCE affidano al Soccorso Rosso il compito di avvicinare, attraverso l'attività di assistenza, quelle masse operaie e popolari che la linea astratta e settaria del partito non riusciva a coinvolgere, di arrivare alla «captación de las masas por medio de la solidaridad» (p. 41). Questo carica il lavoro assistenziale di importanti contenuti politici. D'altro canto l'organizzazione deve crescere in clandestinità a causa della repressione attuata dalla dittatura di Primo de Rivera. Si trova così stretta fra l'esigenza di allargare l'attività, per soccorrere il crescente numero di carcerati e perseguitati, e gli ostacoli posti dalla repressione che colpisce duramente i suoi dirigenti e quelli del partito. L'Autrice fornisce alcune interessanti informazioni e spunti sulla vita delle organizzazioni comuniste spagnole in quel periodo. E giustamente avvicina l'esperienza spagnola a quella italiana, costretta a fare subito i conti con il regime fascista. Per fronteggiare le difficoltà e la debolezza del SR Spagnolo, l'Internazionale, seguendo un copione che si ripeterà con le dovute modifiche nell'autunno del 1936, affida al Secours Rouge, alla sezione francese dell'organizzazione, un compito che definirei di supervisione e accompagnamento. Con gli inevitabili disaccordi che nascono sul terreno della linea politica, in particolare riguardo l'assistenza ai perseguitati anarchici, che i francesi giudicano opportuna suscitando le diffidenze dei compagni spagnoli. Il SR francese seguiva allora una politica volta ad assistere il maggior numero possibile di prigionieri, di qualunque affiliazione politica, andando in questo modo oltre i compiti e i confini assegnati dal partito. L'Autrice cita a questo proposito l'indicazione dell'organizzazione francese alla spagnola di distribuire il denaro ricevuto dall'Internazionale in modo uguale tra prigionieri comunisti, anarchici e sindacalisti (p. 100). È la prefigurazione di una politica unitaria che verrà realizzata in Spagna solamente dopo i falliti moti antifascisti e rivoluzionari del 1934.

D'altro canto, Branciforte segnala anche la parziale autonomia che il Soccorso Rosso spagnolo dimostra rispetto non solo alle scelte dei francesi, ma anche dell'Internazionale. L'organizzazione spagnola si oppone ad esempio al Piano di centralizzazione varato in seguito alle raccomandazioni di Mosca. Altra presa di distanza riguarda la direttiva ricevuta dal PCE nel 1927 di partecipare all'Assemblea consultiva promossa da Primo de Rivera (p. 131). Mi paiono osservazioni interessanti e valide, in linea con la recente storiografia, che ha segnalato le divergenze e i contrasti esistenti fra le diverse organizzazioni comuniste e i singoli funzionari di partito, sia in campo internazionale sia spagnolo, piuttosto che la disciplina ferrea supposta da alcuni ma spesso difficile da riscontrare (fra i molti testi che è possibile citare sul tema, mi limito a: A. Elorza e M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999).

D'altra parte, il SR spagnolo è dilaniato da feroci lotte interne tra fazioni, ricostruite nel libro con accuratezza. Tutto cambia dopo la svolta unitaria del 1934, e in particolare con l'attività dispiegata in soccorso dei perseguitati dopo i falliti moti rivoluzionari e antifascisti dell'ottobre. Opportunamente, l'Autrice dedica alle rivolte di ottobre molte pagine. Appoggiandosi al lavoro di Francisco Erice, ritiene che esse furono dettate da spirito rivoluzionario, anche se il contesto internazionale, caratterizzato dall'avanzata delle potenze fasciste, e pertanto

l'esigenza di difesa antifascista contro l'ingresso della CEDA al governo non vadano trascurati (F. Erice, *El Octubre asturiano, entre el mito y la interpretación histórica*, in A. Andreassi e J.L. Martín Ramos (eds.), *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras 1917-1934*, Matarò, El Viejo Topo, 2010). È una tesi su cui si può discutere; vanno invece a mio parere pienamente accolte le considerazioni di Branciforte su ciò che accade dopo il fallimento dei moti rivoluzionari. Da quel momento, infatti, grazie in buona parte all'attività del Soccorso Rosso, la situazione spagnola diviene cassa di risonanza di quella europea, l'antifascismo come fenomeno internazionale viene legato indissolubilmente alle vicende iberiche (pp. 150-151). Di fronte alle esitazioni dei dirigenti di partito, infatti, l'azione del Soccorso Rosso in Spagna anticipa e prefigura la svolta che verrà resa ufficiale al VII Congresso dell'Internazionale l'anno successivo, andando oltre le direttive ricevute (p. 175). Si moltiplicano così le manifestazioni in favore dei perseguitati in Austria e Germania, si sviluppano le grandi campagne per la liberazione di Dimitrov e di Thaelmann, o del giornalista catalano Luis de Sirval. Tra le maggiori realizzazioni del periodo, l'Autrice segnala il Comité Nacional de Ayuda, sorto con il compito di assistenza alle vittime asturiane dell'ottobre. Il Comitato è obbligato dalla situazione stessa ad agire in modo da ottenere l'appoggio di un ampio fronte unitario antifascista, operando in favore di prigionieri di diverse appartenenze politiche. Per nove mesi costituisce una vera prefigurazione di quel Fronte Popolare che si formerà, con molti limiti, in occasione delle elezioni del febbraio 1936 (p. 165).

Questa svolta è però resa possibile dall'avvento di dirigenti del tutto nuovi, che sostituiscono il vecchio gruppo litigioso e settario. Particolarità del Soccorso Rosso, che Branciforte evidenzia con molta chiarezza, è il ruolo fondamentale e sempre più autonomo che in questi anni le donne assumono in seno all'organizzazione. Sono loro le protagoniste di un lavoro difficile, che Branciforte definisce di creazione di reti di solidarietà (p. 215). L'Autrice ne esamina il ruolo servendosi della biografia di alcune di esse, in particolare Tina Modotti e Flor Cernuda, ma anche la meno nota Amelia Álvarez Díaz, che ha rilasciato all'Autrice una viva testimonianza dell'attività del SR nella conca del Nalón. Emerge bene da queste pagine, in particolare dai ricordi di Flor Cernuda relativi alla fotografa e dirigente comunista italiana, non solo la valenza politica ma anche l'aspetto umano delle molte attività e reti organizzative messe allora in campo.

Pochi cenni sono dedicati alla permanenza non del Soccorso Rosso in quanto tale, ma di un'attività, ormai completamente clandestina, in favore di prigionieri e vittime dopo la vittoria del franchismo. La rete creata negli anni precedenti non cade con lo scioglimento delle organizzazioni comuniste internazionali cui aveva fatto riferimento, ma continua proprio perché motivata dalla presenza della feroce repressione franchista. Si tratta di osservazioni interessanti che andrebbero riprese e sviluppate in altre sedi.

Il lavoro è chiuso da una serie di immagini fotografiche rare e interessanti, di documenti, manifesti, luoghi e protagonisti delle vicende narrate, e da un'utile bibliografia. In sintesi, si tratta di un libro che merita di essere letto e discusso.

Marco Puppini